

# Los intelectuales comunistas italianos y franceses y la desestalinización (1956-1967)\*

*Italian and French Communist Intellectuals and the de-Stalinization (1956-1967)*

**Marco Di Maggio**  
*Università di Roma-Sapienza*

## Resumen

El ensayo recorre en una perspectiva comparada y entrecruzada el debate teórico-ideológico que se desarrolla en el interior y en torno a los partidos comunistas italiano y francés en el período que se inicia con la crisis de 1956, provocada por las revelaciones del informe Jruschov y por la represión de la revuelta húngara, y se concluye en los umbrales de las revueltas de 1968 y 1969. La producción teórica e intelectual se pone en relación con la tendencia de los dos grandes partidos comunistas de Europa occidental de redefinir su propia estrategia frente al cambio del escenario internacional y las modificaciones de las respectivas sociedades nacionales.

Palabras Claves: Intelectuales, desestalinización, neocapitalismo, marxismo, años sesenta.

## Abstract

*From a comparative perspective the article deals with the theoretical-ideological debate that takes place inside the Italian and the French Communist parties in the period that begins with the 1956 crisis, caused by the revelations of the Khrushchev report and by the repression of the Hungarian uprising, and concludes on the threshold of the revolts of 1968 and 1969. The theoretical and intellectual production is compared with the trend of the two major Communist parties in Western Europe of redefining their own strategy against the change in the international arena and the changes in the respective national societies.*

*Keywords: Intellectuals, De-Stalinization, neo-capitalism, Marxism, the 1960's.*

---

\* Traducción de Javier Aristu

En 1966, Eric Hobsbawm, en una reseña de *Leer el Capital*, de Louis Althusser, observa en la tendencia de repensar a Marx iniciada en el decenio precedente cuatro corrientes importantes: la primera, consistente en un tipo de «operación arqueológica» destinada a eliminar las estratificaciones teóricas acumuladas sobre el auténtico pensamiento de Marx; la segunda, que trata de identificar y seguir las distintas corrientes teóricas producidas originalmente en el interior del marxismo; la tercera, que comienza a hacer frente a las contribuciones científicas que proliferaron más allá del marxismo y que habían sido excluidas durante el período estaliniano; y, finalmente, la cuarta, que testimonia la voluntad de una vuelta al análisis del mundo real tras dos decenios en los que «las interpretaciones oficiales estaban cada vez más alejadas»<sup>[1]</sup>. Con modos y maneras diversos, el PCI y el PCF, implicados ambos en la ruptura ideológica de los años de la guerra fría, a partir de 1956 están atravesados por estas cuatro corrientes. En una perspectiva de medio plazo, las distintas tesis presentes en el debate teórico que se desarrolla dentro de los partidos comunistas occidentales entre la segunda mitad de los años cincuenta y la primera mitad de los sesenta, por una parte tratan de modernizar los instrumentos ideológicos y culturales de su estrategia a partir de los cambios sociales, económicos y culturales que se han producido, y, por otra, dan prueba de la debilidad progresiva de la capacidad de los PC para representar políticamente las demandas surgidas de la sociedad.

### ¿Enemigos a la izquierda? El PCI y el nuevo radicalismo de los intelectuales

1.– Eric John Hobsbawm, *I Rivoluzionari*, Turín, Einaudi, 2002, p. 174-175. [hay ed. en español: *Revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 2000]

Con la Liberación y la guerra fría el partido italiano había conseguido alcanzar una posición preminente en el panorama cultural nacional<sup>[2]</sup>: la interpretación togliattiana de la obra de Gramsci y su difusión como patrimonio fundamental del partido, y canal principal, por tanto, a través del cual «nacionalizar» el marxismo-leninismo, habían permitido al PCI moderar los efectos del monolitismo ideológico y los esquematismos del zhdanovismo<sup>[3]</sup>. Sin embargo, los equilibrios entre control ideológico, kominformismo y gramscismo nacional sufrieron un duro golpe en 1956 con las revelaciones del Informe Jruschov y con el desacuerdo con el apoyo del PCI a la represión de la revuelta húngara. Ante estas señales el PCI ya había comenzado a renovar su política cultural, pero es en el Comité central del 11 y 12 de noviembre de 1961, en el que Togliatti se refiere al XXII Congreso del PCUS (que se había celebrado del 17 al 31 de octubre), cuando emerge la voluntad de poner en discusión el socialismo soviético y la estrategia revolucionaria del partido italiano, incluso criticando las reticencias de Togliatti, como hacen Amendola, Pajetta y Alicata<sup>[4]</sup>. Togliatti decide tomar de nuevo el control de la situación poniéndose a la cabeza de la renovación, principalmente recuperando las tesis sobre el policentrismo y sobre la renovación

2.– Marcello Flores, Nicola Gallerano, *Sul PCI. Un'interpretazione storica*, Bolonia, Il Mulino, 1992, pp. 174 ss.

3.– Para un análisis de la política cultural del PCI durante la guerra fría cfr. Albertina Vittoria, *Togliatti e gli intellettuali. Storia dell'Istituto Gramsci negli anni Cinquanta e Sessanta*, Roma, Carocci, 1992; Francesca Chiarotto, *Operazione Gramsci. Alla conquista degli intellettuali nell'Italia del dopoguerra*, Milán-Turín, Bruno Mondadori, 2011.

4.– Palmiro Togliatti, «Portare avanti il rinnovamento ideologico e politico per fare avanzare la causa del comunismo nel mondo. Relazione al Comitato centrale sul XXII Congresso del PCUS», *L'Unità* (11 de noviembre de 1961) pp. 1 y 8-9; Giorgio Amendola, «Il dibattito al CC e alla CCC», *L'Unità* (12 de noviembre de 1961) p. 10.

del movimiento comunista expuestas en la entrevista a *Nuovi Argomenti* de cinco años antes, y animando a una revisión de la historia del partido y del movimiento comunista más libre de condicionamientos ideológicos y del control por el aparato.

La crisis del estalinismo en Italia se entrelaza con los cambios sociales y culturales producidos por el milagro económico. De hecho, el desarrollo capitalista italiano y la migración interna conformaron un nuevo sector de clase obrera compuesto por jóvenes emigrantes meridionales, impulsando la renovación de la estrategia de la CGIL (obligada también tras la derrota en 1955 en las elecciones a las comisiones internas de la Fiat) a partir de una renovada centralidad de la acción en los centros de trabajo y, en consecuencia, de la necesidad de analizar la evolución de las relaciones de producción y de la composición de la clase obrera. Junto al debate que se desarrolla en las organizaciones políticas y sindicales, nacen los primeros grupos de intelectuales promotores de una dirección teórico-política más independiente de las orientaciones hasta entonces seguidas por las organizaciones de izquierda; según aquellos, liberarse de la teoría marxista del dogmatismo canónico, que no perdonó ni siquiera al gramscismo italiano, permitiría comprender mejor la realidad.

En este clima nace, el 30 de septiembre de 1961, el primer número de los *Quaderni Rossi* con el título *Lotte operaie nello sviluppo capitalistico*. El ejemplar contiene colaboraciones de militantes de la izquierda socialista como Raniero Panzeri, que era uno de los principales promotores del proyecto, y de jóvenes intelectuales como Dino De Palma, Giovanni Mottura, Vittorio Reiser, así como también dirigentes de la CGIL y del PCI como Sergio Garavini, Giovanni Alasia y Emilio Pugno.

El artículo de Panzeri «Sull'uso capita-



Núm. 1 de *Cuaderni Rossi* (30 de septiembre de 1961).

listico delle macchine nel neocapitalismo», destinado a convertirse en uno de los textos fundamentales del marxismo «heterodoxo», se basa en la sección IV del Libro I del *Capital* y en el *Fragmento sobre las máquinas* de los *Grundrisse*, dos textos de la obra marxiana ignorados sobremanera por el marxismo italiano<sup>5</sup>. Partiendo de una lectura original de algunas tesis de la Escuela de Frankfurt, Panzieri articula su reflexión sobre la relación entre ciencia, técnica y poder, sobre la transformación del neocapitalismo de competitivo en planificador y, finalmente, sobre la relación entre la composición de la clase obrera y la construcción de la subjetividad revolucionaria.

Panzieri critica el argumento según el

5.- «Lotte Operaie nello sviluppo capitalistico», *Quaderni Rossi*, 1 (1961).

cual la contradicción entre el carácter social de las fuerzas productivas y el carácter privado de las relaciones de propiedad es la base de la racionalidad del desarrollo capitalista. Al afirmar la imposibilidad de un uso alternativo de la tecnología capitalista por parte de la clase obrera, el intelectual socialista ataca a aquellos que consideran neutral el desarrollo de las fuerzas productivas, llegando a confundir el socialismo con la política de nacionalizaciones y a poner como premisa imprescindible un incremento de la productividad del trabajo capaz de establecer las condiciones para una mejor distribución de la riqueza. Para Panzieri, la fábrica, con su organización planificada, es el lugar central del dominio del capital, y el Estado se limita a desarrollar la función de representante del capitalista colectivo identificando el interés de este último con el de toda la sociedad. Finalmente, Panzieri afronta otro asunto crucial en el debate teórico de los años sesenta: el de la intelectualidad de masas. El neocapitalismo, con el desarrollo tecnológico y de servicios, favorece, de hecho, la formación de una masa de técnicos e intelectuales cuyas condiciones de trabajo y de vida son parecidas a las de la clase obrera<sup>[6]</sup>.

También la cuestión de los intelectuales y de la cultura asume un papel esencial en el debate teórico, especialmente a través de las investigaciones de Franco Fortini, animador de los *Quaderni Piacentini*, y de Alberto Asor Rosa, miembro también de la redacción de los *Quaderni Rossi* y después fundador, junto a Antonio Negri y Mario Tronti, de *Classe Operaia*<sup>[7]</sup>. Aunque con

destacadas diferencias, el elemento que unifica a Fortini y Asor Rosa es la exigencia de promover la autonomía de la clase obrera respecto de las instituciones de la cultura burguesa<sup>[8]</sup>. Ambos critican la política cultural del PCI, en particular el papel de los intelectuales orgánicos en el partido, cuya actividad se ha limitado por lo común a la producción de formas de cultura nacional-popular, y la relativa noción de hegemonía, centrada toda ella en la intención de hacer del movimiento obrero y de los comunistas los continuadores de la mejor tradición italiana. En el segundo número de los *Quaderni Rossi*, Asor Rosa acusa al PCI de haber moderado la carga revolucionaria de la teoría marxista a través de una interpretación populista de la categoría gramsciana «nacional-popular». De ahí habría brotado una política cultural que, en el contexto del neocapitalismo, se dejaba ver como subalterna al orden dominante<sup>[9]</sup>. Asor Rosa desarrollará esta posición en su libro *Scrittori e popolo*, una obra que, junto con *Operai e Capitale* de Mario Tronti y los ya citados escritos de Panzieri, figura entre los textos más importantes del marxismo italiano de los años sesenta y de la «nueva izquierda».

En los primeros meses de 1962, Giorgio Napolitano es el primer dirigente que se pronuncia acerca de la salida de *Quaderni Rossi* con una reseña que aparece en la revista del partido *Politica e Economia*. Aunque aprecia el esfuerzo de reflexión, Napolitano, sin embargo, observa que el enfoque de la revista se basa en numerosas simplificaciones y deformaciones no solo teóricas sino también políticas. De este modo,

6.- Raniero Panzieri, «Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo», *Quaderni Rossi*, 1 (1961); Giuseppe Vacca, «Politica e teoria del marxismo italiano», en Id., (a cura di), *Politica e teoria del marxismo italiano 1959-1969*, Bari, De Donato, 1972, pp.13-14; Cristina Corradi, *Storia del marxismi in Italia*, Roma, Manifestolibri 2005, pp. 138 ss.

7.- Giuseppe Trotta (a cura di), *L'operaismo negli anni Ses-*

*santa*, Roma, DeriveApprodi, 2008.

8.- G. Vacca, *Politica e teoria del marxismo italiano*, p. 50.

9.- Alberto Asor Rosa, «Il punto di vista operaio e la cultura socialista», *Quaderni Rossi*, 2 (1962), pp. 117-130; Stephen Gundle, *I comunisti italiani fra Hollywood e Mosca. La sfida della cultura di massa (1943-1991)*, Florencia, Giunti Editore, 1995, p. 265.



el dirigente comunista rechaza el proyecto al no contribuir a consolidar la hegemonía de la clase obrera<sup>[10]</sup>. La reseña, lejos de los tonos censores que caracterizarán a los comunistas franceses, está en línea con la voluntad del PCI de mantener su propia hegemonía cultural en la clase obrera italiana rechazando las críticas provenientes de la extraña galaxia intelectual que va tomando cuerpo a su izquierda.

No obstante, a pesar de la toma de posición pública de Napolitano, el debate interno en el PCI muestra un cierto grado de permeabilidad hacia las demandas y tesis de la nueva izquierda. Lo demuestran la participación de dos importantes sindicalistas comunistas de la CGIL en el primer número de *Quaderni Rossi*, pero también los asuntos discutidos en el famoso seminario sobre las tendencias del capitalismo italiano organizado por el Instituto Gramsci en marzo de 1962, y en el cual comenzaron a delinearse dos sensibilidades en el interior del partido, una izquierda cuyo exponente principal será Pietro Ingrao y una derecha representada por la figura de Giorgio Amendola.

Durante el seminario Bruno Trentin, entonces miembro del gabinete de estudios de la CGIL, polemiza con Amendola sobre la interpretación de la evolución de la estructura económica nacional. Trentin sitúa el desarrollo capitalista italiano en el contexto del capitalismo mundial y se esfuerza en describir no solo los aspectos político-institucionales sino también la dimensión ideológica y cultural. Además de demostrar cómo en la Italia del boom económico se estaba produciendo un intenso desarrollo de la organización del trabajo y de los sistemas de automatización, Trentin observa en las nuevas formulaciones del

reformismo católico la versión italiana de una estrategia patronal que, apoyándose en el aumento de la productividad del trabajo, trata de asimilar a amplios sectores de la clase obrera dentro del sistema político a través de medidas de tipo reformista y keynesiano<sup>[11]</sup>. Situando en el centro del debate el problema de la formación del consenso obrero a partir de los centros de trabajo, el análisis de Trentin influirá más o menos explícitamente en las distintas elaboraciones estratégicas de la izquierda del PCI, al menos hasta finales de los años sesenta.

También Amendola, en su ponencia, se basa en el impetuoso desarrollo económico de la postguerra, señalando la rápida transformación de Italia de país agrícola-industrial en país industrial-agrícola y sin ahorrar críticas a la estrategia adoptada por el movimiento obrero. Sin embargo, señala cómo este desarrollo ha estado acompañado por un sensible empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de las clases populares, moderado únicamente por las luchas de la clase obrera, «no solo [...] las reivindicativas sino también [...] aquellas contra la política general de las clases dominantes»; es precisamente el permanente atraso de la sociedad italiana, debido a la incapacidad de la burguesía de asegurar el desarrollo de la misma, lo que hace necesaria la alianza de la clase obrera con los otros sectores de las clases populares sobre la base de un programa común de reformas estructurales. Un programa político y electoral que atraiga a todas las fuerzas democráticas, comunistas, socialistas, laicas y católicas interesadas en impulsar los inte-

10.- Giorgio Napolitano, «I 'Quaderni Rossi' e le lotte operaie nello sviluppo capitalistico», *Politica e Economia*, enero-febrero de 1962.

11.- Bruno Trentin, «Le dottrine neocapitalistiche e l'ideologia delle forze dominanti nella politica economica italiana», en *Tendenze del capitalismo italiano*, Roma, Istituto Gramsci, 1962, vol. I, pp. 97 ss.; Gian Pian Primo Cella, «Trentin e il dibattito sul neocapitalismo», Sante Cruciani (a cura di), *Bruno Trentin nella storia della sinistra italiana e francese*, Roma, École française, 2012.

reses reales de Italia contra los del capital monopolístico<sup>[12]</sup>.

Más allá de la mencionada ponencia de Trentin, algunas intervenciones de jóvenes intelectuales cercanos a Ingrao como Lucio Magri o Valentino Parlato, y también de dirigentes de la izquierda socialista, como Vittorio Foa y Lucio Libertini, subrayan que el desarrollo del capitalismo italiano se inserta en el contexto de un cambio global del sistema capitalista, lo que hace necesario comprender profundamente sus características a fin de reformular la política de alianzas, la concepción de la democracia y la relación entre lucha reivindicativa y estrategia<sup>[13]</sup>.

Como apoyo a este impulso renovador surgen las huelgas del sector metalúrgico de junio y julio de 1962, que terminan en el asalto de la sede del sindicato reformista UIL y en los enfrentamientos con la policía en la plaza Statuto de Turín. El movimiento social del verano de 1962 marca un giro respecto del período anterior, caracterizado por las derrotas del sindicato y por una cierta pasividad de amplios sectores de la clase obrera; al mismo tiempo, los enfrentamientos muestran cómo se habían impuesto en la clase obrera nuevas formas de movilización que escapaban al control de las organizaciones sindicales y políticas.

Si las manifestaciones contra el gobierno Tambroni de 1960 testimoniaban el afianzamiento entre las generaciones del milagro económico de un nuevo antifascismo que se proyectaba hacia el futuro, los hechos de la plaza Statuto representan un elemento posterior de ruptura: abandonando las playas seguras de la Resistencia,

obreros de entre 17 y 25 años, la mayoría meridionales, por lo general sin afiliación política, y bien dispuestos para el enfrentamiento con las fuerzas del orden, muestran una nueva forma de conflictividad en la que el conflicto particular tiende a insertarse en un marco más general de rechazo del sistema, asumiendo consignas y prácticas de lucha al margen de la estrategia y de la táctica de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero<sup>[14]</sup>. Estas últimas, a pesar de que en el período precedente habían tenido que enfrentarse con las muy duras políticas de orden público de los gobiernos centristas dirigidos por la Democracia Cristiana, se encuentran en buena medida desorientadas ante la radicalidad de la protesta obrera, como ocurriría al poco tiempo con la dimensión que adquiere el movimiento estudiantil.

Estos sucesos condicionan a lo largo de la primera mitad de los años sesenta la evolución del debate interno en el PCI y su relación con los grupos a su izquierda, para los cuales plaza Statuto es el emblema de la conflictividad obrera y el primer síntoma de la formación de una nueva subjetividad revolucionaria<sup>[15]</sup>. Tal y como ocurrió en el pasado, el PCI se centra en el valor del «despertar obrero» y de la participación en las movilizaciones; los comunistas atacan la política del gobierno en materia de orden público denunciando la responsabilidad de la policía, pero sin renunciar a referirse a «grupos provocadores» cuyo intento habría sido el de poner en peligro la unidad de los trabajadores y de sus organizaciones<sup>[16]</sup>. El

12.- G. Amendola, «Lotta di classe e sviluppo economico dopo la Liberazione», en *Tendenze del capitalismo italiano*, pp. 141 ss.

13.- Lucio Magri, *Il sarto di Ulm. Una Possibile storia del Pci*, Milán, Il saggiatore, 2010, pp.187 ss. [hay edición en español, Buenos Aires, Clacso, 2011]

14.- Guido Crainz, *Storia del miracolo italiano*, Roma, Donzelli, 1995, p. 197 ss.; V. Foa, *Il cavallo e la torre. Riflessioni su una vita*, Turín, Einaudi, 1991, p. 274; Paul Ginsborg, *Storia dell'Italia repubblicana*, Turín, Einaudi, 1995, p. 348.

15.- Francesco Ottaviano, *La rivoluzione nel labirinto*, I, Rubettino, Soveria Mannelli, 1993, p. 106.

16.- Giulia Strippoli, *Il partito e il movimento. Comunisti europei alla prova del Sessantotto*, Roma, Carocci, 2013, pp. 36 ss.

partido pretende llevar las movilizaciones al cauce seguro de su estrategia política, la que habría permitido el acceso al gobierno mediante la unidad de las fuerzas populares, y para este objetivo trata de redimensionar la importancia del movimiento y de compensar el movimiento subversivo que anunciaban los hechos de plaza Statuto, ensalzado por el contrario por la nueva izquierda, incluso también por algunos sectores de la izquierda interna del partido, como un elemento de progreso.

Desde el punto de vista de la política cultural Togliatti reacciona ante esta situación continuando en su línea de apertura: en 1962 la revista *Rinascita* se transforma en semanal, sucediendo al mensual *Politica ed Economia* (que interrumpe sus publicaciones) en la tarea de llevar al mayor número de militantes las cuestiones de tipo económico. Junto a *Rinascita*, que se convierte a todos los efectos en el principal instrumento de la batalla político-cultural del partido, nace una nueva cabecera teórica: el mensual *Critica marxista*. Además, tras el X Congreso, el Instituto Gramsci refuerza su autonomía y su función como centro de investigación y producción de ideas. La última decisión de Togliatti en materia de política cultural es la sustitución en 1963 de Mario Alicata por Rossana Rossanda a la cabeza de la comisión de cultura<sup>[17]</sup>.

Frente a Alicata, cercano a Amendola y fiel a la ortodoxia gramsciano-togliattiana de los años de la guerra fría, la joven Rossanda, durante su experiencia como responsable de la Casa de Cultura de Milán, se había mostrado muy curiosa y abierta hacia el marxismo heterodoxo y las nuevas corrientes artísticas tendentes a la contaminación, si no a la superación, de la estética neorrealista. La decisión de nombrar a Ros-



Rossana Rossanda, Luigi Pintor y Lucio Magri en la década de 1960 (Fuente Fondazione Luigi Pintor).

sanda al frente de la «comisión cultural» del PCI muestra la voluntad de innovación del último Togliatti, consciente de la necesidad de revisar los presupuestos teóricos e ideológicos del partido<sup>[18]</sup>, coincidente con el relanzamiento de sus tesis sobre el policentrismo y con una radicalización de las críticas respecto al centro izquierda.

Sin embargo, tras la muerte de Togliatti en el verano de 1964, el debate interno encontrará en la política cultural promovida por Rossanda uno de los principales terrenos de discusión y confrontación. Importantes sectores del partido no ven bien la actividad de la joven dirigente que, interpretando de manera original las orientaciones del difunto secretario, trata de reformar la política cultural seguida durante la guerra fría. Las críticas a Rossanda tienen que ver también con el método, ya que una mayor circulación libre de las ideas desde el vértice a la base y una mayor apertura a lo que viene del exterior, en particular a las elaboraciones críticas de la historia y la identidad cultural del PCI y del movimiento comunista, equivalen a poner en discusión las reglas de la discusión interna en el partido.

Más que en la confrontación sobre la

17.- A. Vittoria, *Togliatti e gli intellettuali*, p. 173 ss; F. Chiarotto, *Operazione Gramsci*, pp. 194 ss.

18.- R. Rossanda, *La ragazza del secolo scorso*, pp. 226 ss.

política cultural, la polarización de las posiciones dentro del grupo dirigente se agudiza con la propuesta de partido único de la clase obrera formulada por Amendola. El influyente dirigente comunista propone iniciar un proceso de unificación con los socialistas, que habían entrado hacía poco en el área de gobierno, precisamente en el momento en el que la creciente conflictividad social ponía en primer plano el problema de la acción del PCI en los centros de trabajo y entre los jóvenes, alimentando la discusión sobre las nuevas formas de democracia en las luchas sociales, en las fábricas, en las escuelas y en la universidad.

La dirección decide convocar la III Conferencia Obrera del partido del 28 al 30 de mayo de 1964 en Génova. Durante el debate preparatorio, la izquierda insiste en la necesidad de que el PCI profundice su acción en el interior de las fábricas con un planteamiento que vaya más allá del plano reivindicativo, que sitúe la cuestión de un nuevo modelo de desarrollo y que transforme el impulso reivindicativo en una auténtica conciencia de clase, llevando a la fábrica la riqueza de su patrimonio teórico y de ideas<sup>[19]</sup>. Estas demandas se confirman en la Asamblea de jóvenes obreros comunistas que se desarrolla en Milán el 26 y 27 de mayo; tanto en la ponencia de apertura que hace Petruccioli como en la conclusión final se invoca un cambio de la política del PCI, centrado en la «transformación de la estructura social» a través del papel de vanguardia de una clase obrera organizada en organismos unitarios y autónomos, capaz de construir su hegemonía en la sociedad<sup>[20]</sup>.

19.- «Rafforzare il PCI nelle fabbriche per l'unità e l'autonomia della classe operaia. Rapporto di L. Barca», *L'Unità* (29 de mayo de 1965), pp. 1 y 12-13; Alexander Höbel, *Il PCI di Luigi Longo*, Nápoles, Esi, 2012, pp. 154-155.

20.- «Relazione di Petruccioli all'Assemblea dei giovani operai comunisti, Milán 26-27 maggio 1965», mf. 526, pp.

Los trabajos preparatorios de la conferencia obrera dejan ver el perfil sociológico de las dos sensibilidades internas en el PCI —cuya relevancia hay todavía que analizar—, con el ingraismo afincado en las regiones obreras del norte, entre los cuadros sindicales, intelectuales y la FGCI, y las tesis amendolianas hegemónicas en las regiones del centro gobernadas por la izquierda y en el movimiento cooperativista. El debate parece revelar significativos puntos de contacto entre las posiciones de la izquierda, y de muchos cuadros obreros y sindicales, y las de los grupos obreristas nacidos a la izquierda del PCI. Esta convergencia se confirma con el intento del grupo de intelectuales reunido en torno a la revista *Classe Operaia* —nacida tras la salida de Tronti y Asor Rosa de la redacción de los *Quaderni Rossi*— de incrementar su influencia en el interior del PCI con el objetivo de reforzar la presencia del partido en las fábricas y para oponerse a la opción del partido único propuesta por Amendola e interpretada como una peligrosa involución socialdemócrata.

A pesar de la prevalencia de las tesis de la izquierda en el debate preparatorio de la conferencia obrera, el informe resumen es confiado a Amendola, que retoma los asuntos expuestos por las intervenciones que le han precedido pero para incorporarlos a un marco basado completamente en sus posiciones, esquivando por tanto las exigencias de auto organización y de construcción de nuevas formas de democracia. Amendola reconoce la necesidad de reforzar la presencia del partido en las fábricas pero subraya que esto, lejos de sustituir al sindicato, debe limitarse a desarrollar una

2562-2611, Fondazione Istituto Gramsci, Archivi del Partito comunista italiano (de ahora en adelante APCI), Federazione giovanile comunista italiana (en adelante FGCI); «Risoluzione della II conferenza dei giovani operai comunisti» en A. Höbel, *Il PCI di Luigi Longo*, p. 153.



actividad pedagógica, de formación de la conciencia de los trabajadores, y utilizar el impulso proveniente de las reivindicaciones para reforzar su acción política general. Las luchas reivindicativas deben ponerse en el centro del esfuerzo organizativo porque —precisa Amendola— el PCI no debe transformarse en un partido de opinión sino que más bien debe esforzarse en la construcción de la unidad política de todos los componentes del movimiento obrero, premisa fundamental para la conquista de una nueva mayoría de gobierno<sup>[21]</sup>.

Aunque la conferencia obrera se clausura con el reforzamiento de la continuidad con el pasado, el debate prosigue en las revistas del partido y dentro de la dirección. Emblemático del modo como la discusión teórica va desarrollando de forma cada vez más explícita el asunto de la revisión de los presupuestos de la política y de la identidad comunista es el ensayo de Lucio Magri, publicado en el verano de 1965 en *Critica Marxista*, con el título «Il valore e il limite delle esperienze frontiste». Se trata de una contribución al debate sobre la actualidad del antifascismo promovido con ocasión del vigésimo aniversario de la Liberación del fascismo<sup>[22]</sup>. Magri inicia su ensayo expresando un juicio «crítico y preocupado» respecto a las condiciones del movimiento obrero en Occidente tras 1956, con una socialdemocracia que, abandonadas las veleidades revolucionarias, comienza a desarrollar la función de apoyo consciente del sistema, y con los comunistas minoritarios y frecuentemente aislados. Esta situación impulsa a todos aquellos que no quieren ver al movimiento obrero occidental relegado a un papel de «sostenedor de la lucha de otros con-

tinentes o de condicionante subalterno del desarrollo capitalista» a preguntarse sobre la cuestión de la revolución en los países de capitalismo avanzado. Tal cuestión se debe afrontar examinando de forma crítica las condiciones y los presupuestos sobre los que, a partir del VII congreso de la Internacional Comunista, se formuló por primera vez la estrategia de los frentes populares, la cual, hasta los años sesenta, había constituido el fundamento de la cultura política y sobre todo de la estrategia de los PC occidentales. En el razonamiento de Magri, el análisis histórico y la crítica del estalinismo son funcionales a la elaboración de nuevas orientaciones estratégicas para los países de capitalismo maduro, en los cuales «se debilita el cemento principal de la unidad frentista: la lucha común contra un equilibrio de poder incapaz de asegurar un desarrollo de la sociedad». De este modo, y recogiendo implícitamente la definición de Lukács del estalinismo como predominio de la táctica sobre la estrategia y como inversión de los dos términos, Magri propone la superación de todas las versiones de la concepción de colapso del sistema, surgido de la Tercera Internacional y de la matriz estaliniana, y critica esas perspectivas que hacen depender la estrategia del movimiento obrero de consideraciones de breve plazo y de un programa mínimo e inmediato, descuidando la dimensión «global» y de largo plazo<sup>[23]</sup>.

El ensayo de Magri ataca los principales presupuestos de la propuesta de partido único, no solo en la versión formulada inicialmente por Amendola sino también en la asumida por todo el partido tras las reuniones del Comité central del 21-23 de abril y del 3-5 de junio de 1965, cuando Longo trató de conciliar las dos sensibilidades in-

21.- «La conferenza delle fabbriche rilancia la nuova unità politica della classe operaia», *L'Unità* (31 de mayo de 1965), p. 1, 9-10.

22.- L. Magri, «Il valore e il limite delle esperienze frontiste», *Critica Marxista*, 4 (julio-agosto, 1965), pp. 36 ss.

23.- *Ibidem*, p. 61.



Pietro Ingrao se dirige a los obreros de una fábrica durante una asamblea. Milan, década de 1970 (Foto: Archivo RCS).

ternas<sup>[24]</sup>. El clímax de la discusión interna se alcanza en el XI congreso celebrado en Roma del 25 al 31 de enero de 1966. El 27, Ingrao, ante los delegados, pronuncia un discurso preparado junto con Magri, discurso que más tarde será definido como un «contrainforme» respecto al de Longo<sup>[25]</sup>. Ingrao introduce la cuestión de la imposible recuperación del PSI y llama a una nueva unidad entre PCI, PSIUP y la izquierda socialista, unidad que habrá que construir en las luchas. Este frente, más que abrirse al diálogo y a la negociación con la DC, deberá recoger las demandas progresistas provenientes de las masas católicas de tal modo que se integren en el nuevo bloque

histórico<sup>[26]</sup>.

Tras rechazar la línea expuesta en el informe de Longo, Ingrao llega hasta criticar las reglas de funcionamiento interno del partido. No pone explícitamente en cuestión el centralismo democrático, pero se dice «no convencido» por el rechazo de Longo a introducir la completa publicidad del debate interno, declarando que el respeto de las decisiones debe ser el resultado del conocimiento del proceso dialéctico cuyos acuerdos son el resultado<sup>[27]</sup>. De esta forma hace patente la práctica de tener a la base ignorante de las diferencias existentes en el interior de la dirección.

Comparada con el hielo con el que los delegados al XIX Congreso del PCF de febrero de 1970 acogieron un discurso análo-

24.- Marco Di Maggio, *Alla ricerca della Terza Via al Socialismo. Il Pci italiano e francese nella crisi del comunismo*, Nápoles, Esi, 2015, pp. 24-25.

25.- Pietro Ingrao, *Le cose impossibili*, Editoria Riuniti, Roma, p.143; Id., *Volevo la luna*, Turín, Einaudi, 2006, p. 313 ss. [ed. español en Península, 2008]

26.- G. Crainz, *Il Paese mancato*, Donzelli, Roma, 2005, p. 64.

27.- «XI congreso del Partito comunista italiano. Atti e risoluzioni», Roma, 1966, en particular la *Relazione di Luigi Longo*, pp. 29-85 e l'*Intervento di Pietro Ingrao*, pp. 254 ss.

go de Garaudy, la ovación que los delegados italianos reservaron al discurso de Ingrao es la prueba de una circulación de ideas relativamente libre dentro del PCI, pero, sobre todo, de la difusa exigencia de una discusión abierta, que traspasase también las fronteras de la organización<sup>[28]</sup>.

La favorable reacción de los delegados se compensó con la hostilidad de la mayoría del grupo dirigente. Tras la intervención, de hecho, Ingrao y los miembros de su corriente se convirtieron en el blanco de muy duras críticas, sobre todo por parte de los exponentes de la derecha del partido, con un Alicata que llega a pedir la exclusión de Ingrao de la dirección, pero también con un centrista como Berlinguer que rechaza la propuesta de dar publicidad al debate más allá del grupo dirigente. Sin recurrir, sin embargo, a las depuraciones, como sí tendrán lugar en el PCF, los nuevos equilibrios salidos del XI congreso del PCI sancionan la derrota de la izquierda. No se consigue la exclusión de Ingrao de la dirección del partido, deseada de hecho por Amendola y obstaculizada por Longo y Berlinguer, pero se marginan a los exponentes más radicales de la izquierda: Rossanda es apartada del Comité federal de Milán y de la sección cultural, que pasa a manos de Napolitano; Luigi Pintor es alejado de *L'Unità* y enviado a trabajar a Cerdeña; Valentino Parlato es desplazado de *Rinascita* al Centro de estudios de política económica, bajo el estrecho control de Amendola y de sus partidarios; Aldo Natoli es excluido de la Comisión de organización; Lucio Magri cesa su colaboración con la Comisión de Trabajo de Masas; finalmente, la supresión de *La Città futura*, de la que Luciana Castellina había sido una de sus impulsoras, deja a la izquierda sin un importante instrumento de

intervención<sup>[29]</sup>.

La reacción hostil de la mayoría del grupo dirigente del PCI al discurso de Ingrao no es tanto una respuesta a la insospechada violación de las reglas de funcionamiento interno; más bien cierra un proceso iniciado en 1956 y muestra la incapacidad del grupo dirigente del partido italiano para llevar a cabo de forma completa la revisión ya deseada por Togliatti<sup>[30]</sup>. Los análisis de la izquierda ingraiana, además de los de muchas de las posiciones teóricas del obrismo, aun con su agudeza y originalidad, no consiguen llegar más allá de la crítica de los fundamentos teórico-culturales sobre los que, hasta aquel momento, el movimiento comunista y con él la mayoría del movimiento revolucionario occidental había planteado sus líneas de acción.

La propuesta política y el análisis de la derecha del partido, al contrario, se basan en la necesidad de conservación que termina por constituirse en el eje fundamental en torno al que se articulará la línea del PCI en los siguientes años. Sin embargo, estos se apoyan en una situación política nacional precaria y en un panorama económico en el que, a pesar del extraordinario desarrollo económico de Italia, permanecen significativos desequilibrios y bolsas de subdesarrollo. En la contradicción causada por la intervención de Ingrao, Longo y los dirigentes cercanos a éste, con Berlinguer a la cabeza, ante el riesgo de la ruptura de la unidad interna, se verán obligados a ejercitar una constante labor de mediación, sobre la base sin embargo de la confirmación de los paradigmas teórico-ideológicos tradicionales, como demuestra la insistencia en la unidad de las organizaciones del movimiento obrero y en el proyecto de par-

28.- M. Di Maggio, *Les intellectuels et la stratégie communiste. Une crise d'hégémonie (1958-1981)*, París, Les Éditions sociales, 2014, pp. 191 ss.

29.- Francesco Barbagallo, *Enrico Berlinguer*, Roma, 2006, p. 79-80; A. Höbel, *Il PCI di Luigi Longo*, pp. 217-219.

30.- G. Sogronà, *La svolta incompiuta. Il gruppo dirigente del PCI dall'VIII all'XI Congresso*, Roma, Aracne, 2011.

tido único. Este último, devenido irrealizable tras la unificación del PSI y el PSDI, se transforma en una especie de línea de demarcación útil para contener el desarrollo del debate interno.

### El PCF entre liberalismo cultural y control ideológico

De forma análoga a lo que ocurre en Italia, en Francia el fermento que recorre el mundo de los intelectuales en general, y de los intelectuales comunistas en particular, refleja los cambios ocurridos en la escena política y cultural nacional e internacional. Por un lado, la movilización contra la guerra de Argelia, que había tenido una consistente adhesión de la inteligencia francesa; por otro, el fin de la guerra fría y el consiguiente terremoto que había destrozado el mundo comunista, a partir de la segunda mitad de los años cincuenta producen la crisis del marxismo doctrinario y la ruptura de los equilibrios que regulaban la relación entre intelectuales comunistas y no comunistas.

Después de que, desde 1947 en adelante, el PCF se hubiera adherido incondicionalmente a la teoría de las dos ciencias de Zhdanov, los intelectuales comunistas comienzan a dialogar con las posiciones teóricas y filosóficas provenientes de ámbitos externos al mundo comunista, fruto también de las investigaciones sobre las transformaciones que se estaban produciendo en el seno de la clase obrera. En 1963, de hecho, sale la primera edición del libro de Serge Mallet sobre la nueva clase obrera<sup>[31]</sup>. Este había salido del PCF en 1956 para participar junto con numerosos intelectuales marxistas y de la izquierda católica en la fundación del Partido Socialista Unitario.

La nueva formación política conseguirá conquistar un cierto consenso en los sindicatos de enseñantes, entre los estudiantes y en la CFTC que, al poco, se transformará en CFDT, la confederación que, sobre todas las demás, en mejor disposición estará para retener las demandas libertarias del sesentayocho.

En París se asiste a las discusiones entre Jean Paul Sartre y Roger Garaudy en la *Mutualité* mientras que en el *Centre d'études et recherches marxistes* (la principal institución cultural del PCF) se organizan las *Semaines de la Pensée marxiste* en las que participan filósofos e intelectuales marxistas no comunistas, socialistas, católicos. En este mismo período, Maurice Godelier se confronta con el estructuralismo, y Louis Althusser reflexiona sobre la dimensión teórica y epistemológica del marxismo, incorporando por primera vez a la discusión de los intelectuales comunistas el psicoanálisis de Freud y Lacan. Más generalmente en Francia comienza muy lentamente a recomponerse la fractura entre el marxismo académico y el militante, y a romperse la «contra sociedad» en la que se había instalado el PCF durante los años de la guerra fría. Así, y no obstante el acuerdo con la represión de la revuelta húngara de 1956, que había alejado a numerosos intelectuales del Partido Comunista, y el recelo en relación con la desestalinización, también en el PCF el debate cultural e ideológico es más libre en ese final de los años cincuenta.

El XV congreso de 1959 había visto la creación del *Centre d'études et recherches marxistes* (CERM). Al definir los objetivos del Centro, Maurice Thorez oficializa el final de la contraposición entre «ciencia burguesa» y «ciencia proletaria» que había distinguido a los años cincuenta y reconoce la utilidad de los trabajos científicos de los

31.- Serge Mallet, *La nouvelle classe ouvrière*, París, Seuil, 1963.





Roger Garaudy interviniendo en un mtin del PCF ante huelguistas de la factoría de Renault en Billancourt en 1956 (Fuente: rogergaraudy.blogspot.com).

especialistas no comunistas<sup>[32]</sup>. Se atribuye al CERM la tarea de desarrollar la producción teórica y la formación de los intelectuales comunistas bajo la guía y el estímulo del partido, para superar los límites de la actividad individual y la mera repetición de las viejas fórmulas. En palabras de Thorez, sin embargo, la actividad del Centro y, en general, el trabajo científico y la «asimilación crítica de los trabajo de los especialistas» son una necesidad para la batalla ideológica, y no el indispensable fundamento de la estrategia del partido: no se trata de reforzar el ligamen entre producción teórica y elaboración estratégica, de reforzar el partido como intelectual colectivo, sino solamente de favorecer la lucha «contra las

ideas hostiles al materialismo dialéctico»; la discusión sobre la línea del partido permanece como prerrogativa de un reducido círculo de miembros del grupo dirigente, intelectuales de origen obrero formados en el marxismo doctrinario de la bolchevización, del estalinismo y de la guerra fría.

Desde principio de los sesenta, tras la destitución de Laurent Casanova y Marcel Servin (respectivamente responsable de los intelectuales y director de la revista *Economie et Politique*), el grupo dirigente trata de circunscribir la libertad de discusión a las cuestiones artísticas y literarias y de confinar la crítica del estalinismo en el ámbito de las cuestiones filosóficas y de los problemas de la cultura. Para hacer eso, se sustituye el dinamismo político de Casanova por el prestigio de dos importantes intelectuales comunistas, garantía de visibilidad

32.- «Intervention de Maurice Thorez au nom du Comité central au XV Congrès du PCF», en R. Leroy, *La culture au présent*, Paris, Editions Sociales, 1972, p. 37.

y, al mismo tiempo, de fidelidad al partido: Louis Aragon y Roger Garaudy.

En 1961, Garaudy pasa a ser miembro titular del Bureau Politique (había entrado como suplente en el XV Congreso) y director de *Les Cahiers du communisme*, la revista teórica del Comité Central. Único intelectual de profesión que es miembro de la dirección, comienza a desarrollar el papel de máximo teórico del partido, de acuerdo con el propósito de Maurice Thorez de dirigir un proceso de liberalización parcial. Es en estos términos como debe ser leída también la sustitución de Casanova por Léo Figuères como responsable de las cuestiones culturales. Figuères, fiel militante del PCF, anticlerical, que debe su formación al partido, vigila el debate cultural en nombre del secretario general y del grupo dirigente. Se puede decir, por tanto, que en los comienzos de 1961 las alternativas del PCF aparecen como diametralmente opuestas a las del PCI; mientras Togliatti acelera la apertura del debate interno y encarga la responsabilidad de la cultura a Rossanda, Thorez, tras haber destituido a Servin y Casanova, se preocupa de restringir en gran manera la revisión de los presupuestos teóricos e ideológicos de su partido.

En 1959, en *Perspectives de l'homme, existentialisme, pensée catholique, marxisme*, además de evocar el «fondo humano» del marxismo, Garaudy sistematiza por primera vez su concepción del dialogo tomando en préstamo alguna de las consideraciones de Aragon sobre la pluralidad de las corrientes artísticas, como si fuera una reedición de la política de «mano tendida» hacia los católicos lanzada por Thorez en los años treinta<sup>[33]</sup>. El filósofo comienza a desarrollar de este modo una función eminentemente política: la relectura en clave humanística

de los textos de Marx pretende superar los esquematismos y el determinismo económico del período estaliniano, pero parece remitir también a una concepción que, precisamente mediante la apertura a los católicos, sitúa la cuestión del partido de masas más allá de la rígida reproducción del modelo leninista de «partido de vanguardia de la clase obrera». También por esto, después de 1965, Garaudy será acusado de ocultar tras la referencia a Thorez una sustancial sintonía con las tesis de Togliatti sobre el partido nuevo.

El intento de reintegrar plenamente la cultura comunista en el ámbito nacional, afirmando su dimensión humanística, no avanza sin contradicciones. El 10 de enero de 1961, Lucien Sève, filósofo y responsable cultural de la potente Federación de Marsella, envía una nota personal a la redacción de *Les Cahiers du communisme* en la que constata que el reconocimiento del «fondo de verdad» depositado en las otras corrientes filosóficas, tal como era definido por Roger Garaudy, significa un deslizamiento del marxismo hacia un «opportunisme doctrinal généralisé». La posición de Sève, compartida también por numerosos miembros de la redacción de la revista *La Nouvelle Critique*, no quiere tanto salvaguardar la pureza del dogma estaliniano como sobre todo favorecer un desarrollo de la reflexión teórica y filosófica sobre el pensamiento de Marx que vaya más allá de las exigencias de la contingencia política<sup>[34]</sup>.

Al contrario que en el pasado, el grupo dirigente interviene en el debate no ya para dictar la línea sino para definir el perímetro en el que la discusión y el trabajo de los intelectuales comunistas puede desarrollarse sin que se produzcan desviaciones: se

33.- Roger Garaudy, *Perspectives de l'homme, existentialisme, pensée catholique, marxisme*, París, Puf, 1959.

34.- «Relation de Léo Figuères au BP relative à la discussion au comité de rédaction de *La Nouvelle Critique*», 270 J 2, Archives Départementales de la Seine Saint Denis (en adelante APCF), Fond Léo Figuères (en adelante FLF).

trata de fijar los límites de la lucha contra las tendencias «oportunistas» (que quieren insistir en los aspectos políticos del estalinismo y que miran con buenos ojos las posiciones del PCI) y contra las «sectarias» (identificadas con las tesis de los chinos). Las categorías de «oportunismo», «revisionismo», «sectarismo» o «dogmatismo» se confirman como función de los paradigmas interpretativos de toda posición teórica o tesis filosófica, lo que demuestra que la tan presumida liberalización no basta para desvincular al PCF de la jaula doctrinaria de los años cincuenta. Es obvio que este ejercicio groseramente clasificatorio seguirá las oscilaciones de la política del partido, determinadas tanto por las tensiones que atraviesan el movimiento comunista como por el intento de relanzar la dinámica unitaria.

La controversia que protagonizan Garaudy y Sève se visualiza por primera vez públicamente en dos asambleas que reúnen a los filósofos comunistas junto con algunos miembros del grupo dirigente. En la primera reunión, el 14 de enero de 1962, Waldeck Rochet trata de mantener el equilibrio entre las dos posiciones<sup>[35]</sup>, pero seis meses después, el 14 de junio, otra asamblea, presidida esta vez por Thorez, marca los límites de la reflexión teórica sobre el estalinismo, explicitando, por primera vez, a través de una ponencia de Garaudy, una crítica de los errores filosóficos de Stalin<sup>[36]</sup>.

Los sucesos de la segunda mitad de 1962 estimulan en consecuencia un posterior cambio en la línea política y en la orientación cultural del partido. Resuelta la crisis de los misiles en Cuba, el 12 de diciembre, ante el Soviet Supremo y en presencia de

Tito y de Rodríguez, ministro cubano de Asuntos Exteriores, Jruschov declara que la crisis demuestra cómo el dogmatismo es el peligro principal para el movimiento comunista, palabras que Thorez repite al día siguiente. En Francia, la aceleración de la dinámica unitaria, con la campaña por el no en el referéndum sobre la elección directa del presidente de la República, y las elecciones legislativas, anima a aquellos comunistas franceses que miran con benevolencia la política de Jruschov a expresarse más abiertamente a favor de la desestalinización y hasta de las tesis del PCI.

También Garaudy nota que los tiempos han cambiado, y con el apoyo de Aragon retoma los argumentos expuestos en la asamblea de junio de 1962, reavivando la polémica con Sève. Lo hace criticando duramente el libro del intelectual marsellés *Histoire de la philosophie française contemporaine et sa genèse de 1789 à nos jours* por no tener en cuenta las innovaciones introducidas en el XX congreso<sup>[37]</sup>.

La actitud de Garaudy en una fase en la que se acentúan el antiestalinismo de la UEC y las simpatías por el PCI preocupa bastante al grupo dirigente del partido, tanto que, el 7 de enero de 1963, Plissonnier envía a los miembros del Bureau Politique copia de una carta de Garaudy y una reseña de André Sénik, de la redacción de *Clarté*, ambas referidas al libro de Sève. La combinación de los dos textos, bastante concordantes, pareciera insinuar la sospecha de que Garaudy apoyaba las tesis «revisionistas» de los estudiantes<sup>[38]</sup>.

La discusión prosigue y el 20 de febrero de 1963 Michel Verret, filósofo, profesor de

35.- Waldeck Rochet, *Qu'est-ce que la philosophie marxiste ?*, París, Editions Sociales, 1962.

36.- Maurice Thorez, R. Garaudy, «Les taches des philosophes communistes et les erreurs philosophiques de Staline», suplemento de *Les Cahiers du communisme*, 7-8, (julio-agosto 1962).

37.- Lucien Sève, *La philosophie française contemporaine et sa genèse de 1789 à nos jours*, París, Editions Sociales, París, 1962 ; «Lettre de Roger Garaudy à Lucien Sève, 22 décembre 1962», 270 J 2, APCF, FLF.

38.- «Texte de Michel Verret rédigé sur la base du rapport de J.T. Desanti, 20 février 1963», 270 J 2, APCF, FLF.



la Universidad de Nantes y miembro de la redacción de *La Nouvelle Critique*, expone sus argumentos. Según Verret, la posición descrita por Garaudy sobre los errores filosóficos de Stalin es justa pero insuficiente porque «deja en la sombra la génesis real de la constitución ideológica de las deformaciones dogmáticas del marxismo de Stalin, y las razones que han podido llevar a los filósofos marxistas de todo el mundo y de Francia a prestarle un consenso tan largo y duradero». Verret sostiene la necesidad del estudio de las bases reales de este fenómeno, «a partir de un cierto nivel de información histórica sobre la URSS, que debería ser el objeto de otro análisis». Anticipando las tesis de Althusser, al que el mismo Verret es cercano, muestra los diversos errores que han conducido a un tipo de «servidumbre» hacia la autoridad de Stalin en cuestiones teóricas y filosóficas. El primero consiste en la identificación del marxismo con una ideología «en el sentido marxista del término», identificación favorecida por una débil asimilación de su contenido científico. Verret sostiene que «durante el período del culto a la personalidad», se ha confundido la autoridad política de Stalin con la autoridad filosófica; tal transferencia de autoridad «era esencialmente ideológica» y derivaba de una particular «interpretación del vínculo entre política y filosofía en el mismo marxismo»<sup>[39]</sup>.

A partir de la primavera de 1963, por tanto, la discusión teórica se convierte en una verdadera confrontación entre posiciones distintas. Garaudy, en una posición fuerte dado su prestigio intelectual y los puestos políticos que había obtenido, insiste en la tendencia de hacer progresar la política unitaria tratando de marginar en el interior del partido cualquier orientación



Manifestación comunista tras el atentado contra la librería del PCF en París, junio de 1946 (Foto: Roger-Viollet, fuente: [parisenimages.fr](http://parisenimages.fr)).

alternativa. Sève, al contrario, y la redacción de *La Nouvelle Critique*, cada vez más conscientes de las perplejidades suscitadas en la dirección del partido por el hecho de que Garaudy ponga en discusión la concepción del partido como «vanguardia de la clase obrera», comienzan a apoyarse en las mismas para obtener el apoyo de los dirigentes, comenzando por los más conservadores. Intentando reforzar la teoría del partido, se lanzan a tratar temáticas políticas sensibles. El número especial de diciembre de 1963, de hecho, está enteramente dedicado al «culto de la personalidad»; en la nota al lector se presenta el contenido del mismo como resultado de un trabajo y de una reflexión colectiva<sup>[40]</sup>.

El 9 y 10 de enero, durante la reunión del Comité Central, la dirección critica abiertamente la iniciativa de *La Nouvelle Critique*. Rochet recuerda que la secretaría ha desaconsejado con rotundidad la publicación de dicho número precisamente porque advertía «los inconvenientes y peligros a los que se exponía». Continúa informando que sabía que la redacción iba a publicar monografías similares sobre los estudiantes

39.- «Lettre de Gaston Plissonnier au nom du secrétariat du CC», 7 janvier 1963, Fonds Waldeck Rochet, APCF.

40.- «Sur le culte de la personnalité», número especial de *La Nouvelle Critique* (diciembre de 1963).



y sobre la política italiana; Rochet invita a desistir de esta intención ya que «los directores de las revistas, sobre todo si son miembros del Comité Central, deben mostrar signos de responsabilidad, defendiendo y aplicando la línea del partido»<sup>[41]</sup>.

Con el XVII congreso de mayo de 1964, el nuevo secretario del PCF comienza a elaborar una respuesta a estos problemas, comenzando por la reorganización de los organismos encargados del trabajo cultural. A fines de 1964 Figuères deja sus responsabilidades para las cuestiones culturales y sustituye a Garaudy en la dirección de *Les Cahiers du Communisme*, una forma de redimensionar el poder del director del CERM. La anterior responsabilidad de Figuères no se asigna, sin embargo, a ningún intelectual sino al sindicalista de la CGT Henri Krasucki. La reestructuración del «trabajo cultural» se intensifica con el éxito de la candidatura de Mitterrand en las elecciones presidenciales de 1965. El clima unitario da un posterior estímulo a la reformulación de los esquemas ideológicos y de la tradición marxista-leninista por parte del PCF, intentando de esa forma acreditarse como sujeto capaz de acceder al gobierno nacional: Rochet dirige al PCF hacia una lenta y contradictoria dinámica de moderación obstaculizada únicamente por su vínculo privilegiado con el bloque socialista, y por la voluntad de conservar la vieja identidad revolucionaria y tribunicia<sup>[42]</sup>. Sin perjuicio de las importantes diferencias de método con que se persiguen estos objetivos, estos presentan significativas analogías con los de la derecha del PCI, los cuales serán los que predominen en el XI congreso del partido italiano.

Es en este clima cuando se perfila la en-

trada en escena de Louis Althusser en el debate interno del partido. El 25 de febrero de 1965, el filósofo envía una larga nota al responsable cultural del PCF. Comienza exponiendo sus consideraciones sobre los cambios de la sociedad y del capitalismo; destaca cómo el aumento cuantitativo del número de intelectuales, debido al desarrollo de las fuerzas productivas, determina un cambio cualitativo del papel de éstos. Los intelectuales, de hecho, no esperan del partido solamente la defensa de sus condiciones de existencia sino que manifiestan también y sobre todo la voluntad de apropiarse de nuevos y más eficaces instrumentos de conocimiento y de análisis de la realidad. Según Althusser, el PCF debe responder a esta exigencia sin «ceder a las tentaciones del pragmatismo y del oportunismo», sino con un trabajo de largo aliento basado en el análisis y la comprensión profunda de los cambios en marcha y de las necesidades que surgen de los mismos. A partir de estas afirmaciones, Althusser saca a la luz un grave problema en la política del partido, que tiene su origen en «una tradición bastante consolidada en el movimiento obrero francés ya señalada por Marx», es decir, la carencia de reflexión acerca de las «diferencias específicas que distinguen los distintos objetos de la actividad intelectual». Según Althusser, tal distinción, la existente entre teoría e ideología, es indispensable a fin de que el partido esté en condiciones de aportar las respuestas justas a las demandas provenientes de la sociedad y sea capaz de definir científicamente los cambios sociales. En otras palabras, espera que el partido tenga la capacidad de «restituir el justo papel a la teoría y a la actividad teórica en el mismo partido».

Con esta nota, que precede a la salida de sus libros *Pour Marx* y *Lire le Capital*, Althusser quiere cambiar la relación entre el partido y los intelectuales, reivindicando

41.- Fonds du Comité Central, 4AV 545-547, APCF.

42.- Robert C. Tucker «The deradicalisation of Marxist movements», *The American Political Science Review*, LXI, 2 (1967), pp. 343-358.

do, en consonancia con los filósofos de *La Nouvelle Critique*, la necesidad de que el PCF impulse la producción teórica en su interior y promueva la actividad intelectual como empresa colectiva: «como programa de investigación con vocación política» necesario para la conquista de la autonomía cultural del marxismo<sup>[43]</sup>.

En la célebre introducción a *Pour Marx*, profundiza y sistematiza estas tesis, aclarando el nexo entre la reducción del marxismo a doctrina operada durante el período estaliniano y la dimensión específica del movimiento obrero y del comunismo francés marcados por la «miseria teórica» y la primacía de la política<sup>[44]</sup>. El elemento detonante de las tomas de posición del Althusser de 1965 reside en el hecho de poner en el centro de la discusión el papel de los intelectuales en el PCF y, sobre todo, en la explicitación de su esencial dimensión política. No se trata de la cuestión de la libertad de creación y de investigación sino sobre todo de concebir al partido como intelectual colectivo; del papel de los intelectuales en su grupo dirigente y de la función de la teoría en la elaboración estratégica. Por esto, en la relectura crítica del marxismo y de la teoría del PCF que hace Althusser se destacan no pocos puntos de contacto con las propuestas de aquellos sectores externos al PCI que ponen el problema del marxismo y de la crítica al estalinismo como base de la autonomía cultural del movimiento obrero.

La tesis althusseriana sobre la independencia científica y cultural del marxismo y sobre la «miseria teórica» de la cultura marxista francesa perturban la ideología e incluso la política del PCF. De hecho, si el

grupo dirigente aceptase el antihumanismo de Althusser y reivindicase la autonomía del marxismo, abriendo el camino a una discusión libre sobre este problema y sobre los daños causados al comunismo francés por el doctrinarismo del período estaliniano, los efectos sobre la estrategia de alianzas y sobre la capacidad de gestionar el debate interno serían seguramente negativos. Por un lado, el resto de la izquierda habría proclamado una vuelta de los comunistas a los viejos métodos estalinistas o bien a un deslizamiento hacia las posiciones de los chinos, cosa que frustraría los progresos de la unidad; por otro, si el grupo dirigente no se opusiera a la línea de Althusser vería amenazada su propia legitimidad teórica y política. La fuerza del discurso althusseriano reside en su capacidad de señalar, para el interior del Partido Comunista, los presupuestos teóricos de una salida «de izquierda» del estalinismo; la crítica de la ideología y de las lecturas ideológicas del marxismo, a la que sigue la reivindicación de la necesidad de una exploración que recupere la esencia de científicidad y la capacidad de interpretación de la realidad social e histórica del marxismo mismo, se unen a la caracterización de algunos elementos que definen al comunismo francés.

Aunque desde presupuestos frecuentemente antitéticos, tanto en las tomas de posición de Althusser como en las de Garaudy y de otros muchos intelectuales de «La Nouvelle Critique», se reformula la cuestión de la superación de la que fue definida como función «tribunicia» del PCF, que limita la acción del partido a la denuncia y a la resolución de los problemas materiales que oprimen a la clase obrera y a las capas populares. Aun con la extrema variedad de concepciones que les caracteriza, los intelectuales comunistas franceses parecen querer superar la doble dimensión política y «económico-corporativa» de su partido.

43.- Bernard Pudal, «La note à Henri Krasucki (1965)», *Nouvelles fondations, Annales de la Fondation Gabriel Péri*, 3-4 (2006), pp. 55 ss

44.- Louis Althusser, *Pour Marx*, Maspero, Paris, 1964 [hay 1ª ed. en español, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1967].

De lo que se dice durante el Comité Central de Argenteuil, que comienza el 11 de marzo de 1966, se facilitan dos resúmenes: uno dirigido al exterior, con la publicación, en el número especial de *Les Cahiers du Communisme* del mes de mayo, de las intervenciones que confirman el pluralismo y la concepción humanista, y otro, para uso interno del PCF, y guardado en la documentación del partido, en el que se exponen cuestiones como la relación entre militantes y grupo dirigente y la composición social del sujeto revolucionario.

La resolución final del Comité Central, fundamento de la política cultural del PCF hasta finales de los años setenta, parece querer superar el doctrinarismo estaliniano afirmando la libertad cultural, en una suerte de ecumenismo o liberalismo de la creación artística y literaria capaz de señalar al PCF como heredero de la mejor tradición cultural francesa, frente a la imagen, blandida por los adversarios, de partido ajeno a la comunidad nacional. Simultáneamente, sin embargo, se prescribe que el estudio y la producción teórica sean coherentes con la línea política del partido: tal limitación define el papel sustancialmente decorativo de los intelectuales y la particular manera de entender la estructura del intelectual colectivo<sup>[45]</sup>.

También y a fin de fortalecer la perspectiva unitaria, el PCF trata de actualizar su teoría económica y su análisis del capitalismo: del 26 al 29 de mayo de 1966 se celebra en Choisy-le-Roy una conferencia internacional donde se redefine la categoría de «capitalismo monopolista de estado».

Tras el desmantelamiento del equipo dirigido por Servin en 1961, se había creado un vacío en la elaboración económica del partido francés que, de nuevo, se había re-

plegado en la teoría del empobrecimiento de la clase obrera y en la descripción de los fenómenos de concentración monopolista como expresión de la crisis más o menos irreversible del capitalismo. Ahora bien, entre 1962 y 1966, con la llegada de Henri Jourdan a la dirección de la sección económica del CC y de la revista *Economie et Politique*, el marco teórico sufre una sustancial variación. Para reconstruir la redacción de *Economie et Politique* el dirigente comunista, también él de origen obrero, se sirve del trabajo de un grupo de jóvenes investigadores universitarios, entre ellos Paul Boccara y Philippe Herzog; bajo la dirección de Jourdain, la sección económica del PCF estudia el vínculo entre la intervención del Estado, en particular el francés, y los procesos de valorización y desvalorización del capital como respuesta a la crisis de sobreacumulación. Más allá de una nueva confirmación de la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia, se trata de captar mejor los mecanismos que caracterizan al capitalismo posbélico y, particularmente, sus tendencias de desarrollo durante los años sesenta y setenta. En la teoría del CME, el Estado es el principal instrumento al que recurren los monopolios para hacer frente a la crisis de sobreacumulación; a través de la introducción de elementos de planificación en la política económica, de la imposición fiscal y del desarrollo armamentístico, aquellos pueden hacer frente a la caída de la tasa de ganancia. Sin negar la idea de crisis general del capitalismo, esta visión conlleva el abandono de la teoría del hundimiento como teorema absoluto, reconociendo al capitalismo una capacidad de adaptación e innovación: en este sentido las tesis del CME relativizan la doctrina del empobrecimiento de la clase obrera y atribuyen mayor importancia a las nuevas clases medias de técnicos e intelectuales.

Es evidente que esta nueva orientación

45.- «Débats sur les problèmes idéologiques et culturels, comité central du PCF, Argenteuil, 11-13 mars 1966», *Les Cahiers du communisme*, 5-6 (mayo-junio de 1966).

de teoría económica se casa con la política unitaria perseguida por el partido; como en los años treinta, el análisis del poder de los monopolios y del papel del Estado abre la perspectiva de una «alianza antimonopolista», una gran coalición, guiada por la clase obrera, de todos los sectores sociales golpeados por la acción de los monopolios, con el objetivo de sustraer al Estado del control de las grandes concentraciones capitalistas, iniciar un intenso proceso de democratización y una masiva política de nacionalizaciones, es decir, sentar las premisas de la transición pacífica al socialismo de base nacional. A través de la teoría del CME, el Partido Comunista Francés tratará cada vez más de acreditarse como partido de gobierno que ha renunciado a una concepción tipo tercera internacional de la transición al socialismo en favor de una estrategia basada en la vía pacífica, las nacionalizaciones y el pluralismo político.

El objetivo estratégico de la «alianza antimonopolista» se convierte de esta forma en la base política de «la puesta al día».

A lo largo de la segunda mitad de los años sesenta tanto el PCI como el PCF parecen haber superado la crisis producida por el Informe Jruschov y por la sangrienta represión de la revuelta húngara. Ambos partidos tienen un proceso de autorreforma que, con métodos distintos pero con resultados frecuentemente parecidos, apunta hacia una estabilización interna y una redefinición estratégica tras la crisis del modelo estaliniano de los años de la guerra fría. El objetivo principal es de hecho una más profunda integración en la transmutada realidad política y socio-cultural de sus

respectivos países. No obstante el descenso de afiliados, el PCF consigue parar y en parte recuperar la brusca caída de consensos provocada por la crisis de la IV República, mientras que el PCI llega a aumentar votos aprovechándose del fracaso de las perspectivas reformadoras del centro izquierda: alcanza, por primera vez, el 25 por ciento en las elecciones de 1963. Si en Francia la conquista del gobierno por parte de una coalición de fuerzas populares y socialistas parece una hipótesis concreta tras la candidatura de Mitterrand a las presidenciales de 1965, en Italia, a pesar de la reunificación de los socialistas de Nenni con los de Saragat y la continuación del centro izquierda, el PCI apuesta por la unidad de las izquierdas para evitar el aislamiento.

Los comunistas italianos y franceses apelan ambos a una perspectiva frentista dirigida a la conquista del gobierno nacional. Aun permaneciendo como los principales sujetos de la oposición política y social en Francia y en Italia, ya no desarrollan sin embargo este papel en un contexto análogo al de la Liberación y la primera posguerra, cuando detentaban una sustancial hegemonía en los movimientos de lucha. Desde los años 1966 y 1967 se impone de hecho a su izquierda la actividad de formaciones heterogéneas, que nacen y se refuerzan en el fermento social y cultural determinado por el desarrollo del neocapitalismo, por una parte, y de la crisis del estalinismo, por otra. Este fenómeno, de características completamente inéditas y destinado a crecer, hace vacilar el equilibrio alcanzado a través de la recuperación y la puesta al día del paradigma frentista.